

Una Posibilidad

Elecciones del Futuro

POR LORENZO MEYER

ESTE es un año eminentemente electoral, pues habrá elecciones para el próximo Presidente de la República, pero ¿es eso realmente importante?, ¿cuál es el significado real de las elecciones presidenciales en México?

Creo no descubrirle a nadie nada nuevo si afirmo que, en términos generales, el mexicano común y corriente —incluso el que va a votar— sabe muy bien que su voto, y el de todos los demás que acuden a las urnas, casi nada significa en el proceso, en virtud del cual se decide quién será el próximo Mandatario de nuestro país.

Es posible que este mexicano al que me refiero no sea capaz de articular una explicación muy compleja de por qué las cosas son así, pero de alguna manera habrá intuido que en la designación de las personas que vayan a ocupar eso que se llama, no sin ironía, "cargos de elección popular", hay dos procesos que corren paralelos, el aparente y el verdadero, y que esa es la esencia del sistema político mexicano actual.

★

EN México y en materia de la selección de los gobernantes y de la formulación de políticas, el proceso formal-simbólico es el electoral y partidista, es decir, el que implica la lucha entre candidatos mediante los partidos y el debate en las cámaras, y que está a la vista de todos. Sin embargo, el verdadero proceso de selección y de toma de las decisiones fundamentales poco tiene que ver con votos, urnas, partidos y congresos; éste ocurre fuera de la vista del público, en los salones de Palacio y en los corredores del poder. En México, la política real es asunto de unos cuantos; de la interacción entre los dirigentes del aparato gubernamental —encabezados por el Presidente— y quienes dirigen las grandes fuerzas organizadas que constituyen el verdadero asiento del régimen actual —agrupaciones empresariales, sindicatos, asociaciones de profesionales, ejidatarios, etcétera— pero que, en realidad, sólo representan a una parte minoritaria de la población mexicana: a los privilegiados dentro de cada una de las clases sociales.

La gran depresión económica iniciada en 1982 ha abierto la posibilidad de un cambio en este esquema. En efecto, los graves problemas económicos que padecemos desde hace casi seis años han creado las condiciones para que se dé una pugna abierta entre los dirigentes de la burocracia gubernamental y algunos de los líderes del México organizado; la pugna se inició entre el gobierno y los banqueros, pero ha desembocado en otra entre el gobierno y los sindicatos fuertes, como lo puede comprobar cual-

quiera que lea la crítica desusadamente abierta y dura que el máximo líder petrolero, Joaquín Hernández Galicia, "La Quina", acaba de hacer a las políticas económicas del actual gobierno, en su discurso del pasado día 5.

★

QUIERASE o no, lo abierto de la lucha entre los miembros de la élite del poder constituye una invitación implícita o explícita para que todos los que estamos fuera nos pronunciamos y, por tanto, participemos, aunque sea de manera marginal, en el proceso político verdadero. Todo hace suponer que esta invitación va a quedar abierta por largo tiempo, pues la disminución en los recursos para satisfacer las demandas contradictorias del México organizado e importante va a continuar, y por tanto las pugnas entre la élite también. Así pues, dentro de todo lo malo que nos ocurre ahora, ésta es una de las pocas cosas positivas, pues abre la posibilidad de que, finalmente, se acorte la gran distancia que hoy separa a los procesos políticos formales y simbólicos de los reales. Esta es otra manera de llamarle a la modernización política, de la que tanto se habla hoy en día.

Mientras el modelo económico de sustitución de importaciones permitió un crecimiento sostenido y éste generó recursos internos o permitió obtenerlos del exterior, para expandir los servicios de seguridad social y subsidiar una parte del consumo de ese México mayoritario y desorganizado —un México donde están tanto miembros de las clases populares como de las clases medias— el problema que presentaban al gobierno y su partido las elecciones fue secundario.

Varios siglos de autoritarismo, y la experiencia sistemática, desde el siglo XIX hasta el día de hoy, de que en nuestro país ningún grupo en el poder lo abandona simplemente porque los electores así lo quieran, llevó a los mexicanos, en tanto que votantes, a ser apáticos y resignados a cumplir con la obligación de sufragar —lo que cumplían— con el mismo ánimo con que lo hace quien va a sacar una licencia de manejar, solicitar del Registro Civil un acta de defunción o dar de baja un vehículo. Hasta hoy, y salvo excepciones regionales en coyunturas específicas, el sistema político operó con un votante que acude a las urnas a cumplir una obligación más de entre las varias que le ha impuesto la burocracia gobernante. Por tanto, para este mexicano la defensa del voto no ha sido un asunto de importancia, puesto que desde el principio ha dado por hecho que este proceso no tiene más objeto que reconfirmar una decisión tomada de antemano —por quienes mandan— y con la cual él no tiene nada que ver. Sin embargo vota

Una Posibilidad.- Elecciones del Futuro

Sigue de la pagina siete

porque teme que el no hacerlo le acarree un castigo burocrático como, por ejemplo, el que se le niegue la credencial para la leche subsidiada o la inscripción de su hijo en la escuela, cosas estas si importantes.



LAS afirmaciones anteriores requieren de algunas salvedades. Pese a la poca importancia del voto como un factor en la determinación de quien ha de ocupar los puestos clave en el gobierno, es un hecho que con el aumento de la urbanización y de los niveles educativos, las cifras oficiales en torno a los resultados electorales han tenido que admitir una disminución paulatina en la proporción de votos adjudicados al PRI. Así, Madero ganó en 1911 con 99.26% de los votos válidos emitidos y siguieron las cosas igual hasta Avila Camacho, que venció con la increíble proporción del 93.90%. Con la llegada de la posrevolución, las cosas empezaron a cambiar; el triunfo de Alemán fue con 77.91% de los votos válidos emitidos, y aunque la victoria de López Portillo (92.7%) volvió a las cifras de la época revolucionaria, la elección de De la Madrid resultó representativa de la realidad, al aceptarse que por él sólo sufragó 70.99% de los votantes.

Me temo que las elecciones de 1988 van a ser aún el medio fundamental mediante el que se va a decidir quiénes habrán de gobernarnos en el próximo

sexenio, pero no hay duda que la pugna interna de la élite y los efectos terribles que está teniendo la depresión económica en las condiciones de vida de la mayoría de los mexicanos le han restado mucha legitimidad al gobierno y al régimen. Por lo tanto, el número y la intensidad de quienes demandan expresarse políticamente ha aumentado, y la única manera de canalizar por la vía pacífica, constructiva y civilizada esa demanda, es por el sistema de partidos y el electoral.

En conclusión, el fracaso económico del autoritarismo posrevolucionario mexicano abre la posibilidad de que las elecciones, y todo lo que ellas implican —partidos, programas, debate público— deje de ser algo meramente formal y sin sustancia para empezar a transformarse en un proceso real, con contenido. Sin embargo, ésta es una mera posibilidad. Los enemigos de dar a la contienda electoral el lugar central que deberían tener, y desde hace mucho, son extraordinariamente poderosos, empezando por la Presidencia, pasando por las dirigencias del México organizado, para concluir en los caciques y muchos cuadros intermedios del partido del gobierno. Finalmente, contra la realidad de las elecciones está el enorme peso de la tradición y la terrible verdad que ésta encierra: en México, y a nivel nacional, nunca se ha decidido nada importante por la vía de las urnas. Pese a todo, debemos insistir en esta alternativa, pues la otra no es mantener el statu quo, sino la inducción hacia un autoritarismo mayor.